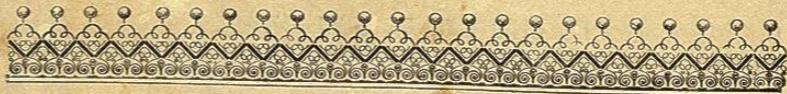


EL GENERALISIMO D. AGUSTIN DE ITURBIDE



**EL**  
**RIO-BRAVO DEL NORTE.**

**UN ASESINATO.**

**A**NTES de salir del Departamento de Tamaulipas, es menester dar una ojeada á la parte del Sur del Rio-Bravo. Caminando por la costa, se encontrará desierto; despues, desierto; y luego, desierto, hasta Sotola-Marina, que es un puerto, que no es puerto, pues ni los buques pueden abrigarse de los vientos, ni la barra, que tiene solo de tres á cinco pies, permite que entren al rio mas que lanchas pequeñas.

Siguiendo toda la costa, va uno á encontrarse con Tampico. Eso es otra cosa: Tampico era el año de 29 un rancho despoblado; pero hoy, como por encanto ha brotado una ciudad, moderna, linda, por la construccion de sus edificios, por un rio ancho, hermoso y no tan solitario como el Bravo. Tampico es la Venecia de México, porque casi por todas partes está rodeada de agua; porque multitud de barcos la visitan, y porque no es extraño oír al pié de una ventana con cortinages de seda y tisú, los conciertos de una orquesta. Estos alemanes aun retirados de las orillas de su cau-

daloso Rhin, han de tocar las armonías de Mayerbeer y Mozar. Digo esto, para que se cercioren los lectores que estos conciertos de que hablo, no son obra de génios invisibles, sino de alemanes, rollizos y colorados, que tan bien tocan unas variaciones en el violin, como apuran una botella de southerna ó champaña. Tampico, pues, es un puerto visitado por los hermosos paquetes franceses, por los correos mensuales ingleses, por los vapores de la línea, y por buques de casi todos los puertos de la Europa. La aduana, bien ó mal administrada, segun las épocas y personas, nunca ha dejado de dar al gobierno general un año con otro, 2 millones y medio de pesos.

En cuanto á las villas del Sur que nombran Croix y Güemes, Padilla, Santander, San Fernando de Presas, en un renglon se pueden describir todas estas poblaciones, que fueron en un principio misiones, y que hoy no son nada, ni serán jamas; porque lo único que hay por sus contornos, son mulas de la casa de Sierra-Gorda, cuya estadística seria muy difícil que

aun el mismo dueño la diera, por la razon perentoria de que en lo general son tan trabajadores, tan industriosos y tan sabios muchos de nuestros ricos, que ni aun *saben* lo que tienen. Adelante; pasemos por estas poblaciones soñolientas, indolentes, perezosas, que consumen su débil existencia entre el fastidio y la ignorancia.—Pero, ¿cómo pasar sin decir algo sobre los dramas sangrientos que tuvieron lugar en este miserable pueblo de Padilla, y sobre una victoria que colocó una página de oro, entre las páginas de sangre de la historia de México? ¡Singular destino! Pasemos por el sur de Tamaulipas, y veremos tres estrellas: una brillante y esplendorosa con el aura de la fortuna, colocada entre dos apagadas por el aquilon helado de la fatalidad; es decir, la victoria de Tampico entre la ejecucion de Iturbide y el suicidio de Teran. El general que manda la república, y vive, entre dos generales que mandaron y murieron. Aunque son bastante conocidos en nuestra historia estos acontecimientos, por no faltar al plan que me propuse, de escribir cuanto supiera y tuviera relacion con los Departamentos situados en la margen del Bravo, voy á decir cuatro palabras, que servirán para dar mas estension á un capítulo que de otra suerte hubiera terminado con la rápida descripcion de Tampico.

Por los años de gracia del Señor 1808 y 1809, estaba en plena y pacífica posesion S. M. el rey de España, de Canarias y de Jerusalén, de sus largos y dilatados dominios de América. En cuanto á México, lo gobernaba como visorey el bueno y pacífico D. José de Iturrigaray, como recordarán los que tengan una regular memoria; pero no obstante su popu-

laridad y genio pacífico, los mexicanos que trascendieron que el gobierno de la metrópoli no andaba de lo mas bien parado á consecuencia de la invasion de Napoleon, procuraron tambien alborotarse por su parte, no sé si con miras de hacer la independencia de la Nueva-España. En este tiempo y guardando las cosas tal estado, se invitó á un capitán, nacido en Valladolid, para un movimiento contra el gobierno. El capitán era un muchacho que tenia los cascos á la gineta; pero valiente, bien plantado y mejor vestido, que causaba celos á mas de cuatro maridos, y traía con los cerebros vueltos á mas de cuatro muchachas.

—Estoy corriente en entrar en la revolucion, dijo nuestro capitán; pero, *yo he de mandar.*

Los conjurados no quisieron, y entonces el capitán les dijo:—“Está bien, no me mezclaré; pero les pronostico que *jamás harán nada sin mí.*”

Esta fué una profecía que se cumplió, porque el capitán era nada menos que D. AGUSTIN DE ITURBIDE.

El año de 1810 se pronunció por la libertad el cura Hidalgo, y pereció. Despues el cura Morelos, y pereció. Despues otros, y perecieron tambien ó se indultaron. ¡Qué de matanzas, qué de sangre, qué de batallas perdidas y ganadas, qué de inocentes sacrificados, y qué de culpables y asesinos ensalzados! Fué esta una guerra horrible, cruel y bárbara por ambas partes, que duró once años; á cabo de los cuales, como al gobierno español le importaba cuidar su plata, su oro, su riqueza, su perla, en fin, mas querida, que era México, mandó batallones tras de batallones, cédulas tras de cédulas; y merced á esto y á la actividad y energía de los vireyes, el movimiento de independencia se apagó casi del todo, y la sangre y es-

fuerzos de los patriotas se creyeron perdidos para siempre.

El capitán Vallisoletano durante estos diez años de lucha, habia hecho prodigios de valor por la causa de su rey. Tan pronto estaba en una parte como en otra, combatia en los puntos de mas peligro, caminaba muchas noches sin dormir y muchos dias sin comer, dormia en los barrancos, vivia en los montes, destrozaba de repente las gavillas de insurgentes, tomaba pueblos, se paseaba por las ciudades; en fin, era un hombre con un cuerpo y una alma de fierro, que parecia tener además el don de multiplicarse.

Por estos señalados y distinguidos servicios, le concedió el gobierno de su rey, el empleo de teniente coronel, y despues el de coronel.

Aconteció, pues, que en el año de 1820 vino el coronel á México, y como entonces todavía los guerreros tenían gran piedad y devocion por nuestro Sr. Jesucristo y la Santa Virgen, se resolvió á tomar los ejercicios de nuestro padre S. Ignacio, en la casa de la Profesa.

Entró en efecto el coronel, y viéndose solo en un cuarto, silencioso y oscuro, con las *Verdades Eternas, Tomas de Kempis y las Postrimerias del hombre*, reflexionó acaso por primera vez, despues de once años, en su vida, aventurera y turbulenta, en sus acciones y victorias, en sus crueldades é injusticias, en sus pasiones y desórdenes. Halló en efecto, que habia cumplido como un buen soldado con su rey; pero que como mexicano, habia combatido contra su madre la patria. Ocho dias de ayuno, ocho dias de disciplina, ocho dias de cilicio, una confesion general y una comunión, no bastaban para satisfacer á Dios y á su patria. Hay pecados por los cuales se necesita ir

como peregrino hasta Roma, para que sean perdonados; pero los del coronel eran mayores que éstos. ¿Qué hacer, pues? No lo acertaba, hasta que concibió una accion grande, muy grande, que lo reconciliara con Dios y con el mundo (\*).

(\*) El Sr. Pedraza en el manifiesto que publicó en Nueva-Orleans en 1831, refiere de este modo los planes que proyectó Iturbide para realizar la independencia. “Yo lo conocí, dice, en 1812 y frecuenté su casa los años 18 y 19; varias veces por accidente, hablamos acerca del estado del país; él no gustaba de la democracia, y nuestras opiniones discordaban: el año de 20, sea disgustado de la conducta que se habia tenido con él; sea convencido de la justicia de la independencia, pensó en ella y se propuso declararse; entonces por qué sé yo que boberas ridículas, nuestra amistad estaba interrumpida, y el rompimiento habia sido muy sério; por aquel tiempo fui nombrado por la provincia de México para las córtes de Madrid, y cuando iba á partir me encontré con él en la calle del Angel; iba yo con el Dr. Liceaga, cuando se me acercó y me dijo:—¿Tendrá vd. embarazo en esperarme á las ocho de la noche de hoy en esta esquina?—Le respondí que ocurriria sin falta, y nos separamos; á la hora convenida me dirigí al sitio señalado, él habia llegado primero, me cumplimentó por mi puntualidad, con la gracia que le era genial, invitándome á que le acompañase; anduvimos un buen espacio en silencio, cuando me preguntó:—¿Qué juicio forma vd. del estado político de nuestra patria?—Se prepara, le contesté, un movimiento general, que importaria rectificar y conducir.—¿Vd. cree que yo seria capaz de hacer eso?—Mejor que nadie.—¿Y vd. me ayudaria?—En cuanto vd. me juzgue útil.—En esto remató nuestra conversacion, y quedamos emplazados para vernos al siguiente dia.”

“En efecto, á las nueve de la mañana nos reunimos en mi casa, y entonces me comunicó el siguiente plan que tenia meditado. El inspector Lláñan iba á ser nombrado gobernador de México y debia elegir ayudantes generales á Concha é Iturbide, quienes alternarian por semanas á ejercer sus funciones; en una de las que Iturbide estuviera de servicio, pensaba colocar alguna tropa de su confianza en la Ciudadela, depósito entonces de la artillería y parque, y pronunciarse por la independencia; mas para esto necesitaba una fuerza exterior, que correspondiendo á su plan, se acercara á la capital y se-

El coronel trabajó en la casa de ejercicios el plan de Iguala.

A pocos días salió para el Sur con una división destinada á combatir á Guerrero, ese patriota esclarecido que mantenía entre las montañas una leve chispa de libertad. En el Sur, muy lejos de atacar á Guerrero, le dió un estrecho abrazo y proclamó la independencia con solo ochocientos hombres, mientras el gobierno español contaba con once regimientos espedicionarios llegados de Europa, siete de veteranos, diez y siete de provinciales, y ochenta mil realistas. Las fuerzas eran desiguales; pero era precisamente una grande obra que había meditado, y nada de extraño había en esto.

Era un día, el 27 de Septiembre de 1821, puro y diáfano en que brillaba el sol en todo su esplendor, y los árboles, las praderas y campiñas de México, aun no habían perdido su esmalto verdor. En este día todas las

“cundase el movimiento; y á este fin había “puesto los ojos en el coronel Armijo, general despues de la república y entonces “comandante de la primera división del “rumbo de Acapulco; yo debía pasar á “Chilpancingo, en donde Armijo residía, “para determinarlo á adoptar el plan y hacerle acercar á Cuernavaca. Tal fué el “primer proyecto de independencia de México, que no tuvo efecto por mi obstinada “oposición; le hice ver á Iturbide lo indigesto del plan, la ligereza de confiarlo á “Armijo, que estando mal con el virey, aprovecharía la ocasión de acreditarse á “nuestra costa, y concluí diciéndole, que “en mi opinión el movimiento debería de “comenzarse de la circunferencia al centro, “y que la ocupación de la capital sería el “último paso de la empresa: conformóse con “mi dictamen, y desde ese momento se pensó en que saliera á ponerse al frente de alguna fuerza armada, y en relacionarlo con “los gefes que yo conocía, y de quienes “se podía tener confianza: para lo primero, “pasó á los dos días á presentarse al virey, quien siempre que lo veía le manifestaba el deseo de que saliese de la oscuridad en que estaba; así fué que en aquella vez el bendito Apodaca le hizo la insinuación de estilo; Iturbide se le ofreció,

gentes salían de sus casas, y el pueblo estaba apiñado en las calles, en las azoteas, en las torres, en las plazuelas. Era un hermoso día por cierto, el primero despues de trescientos y pico de años, en que se respiraba á la vez el perfume de las flores y el aura de la libertad.

Entró por la garita de Chapultepec, primero un inmenso número de mulas y paisanage, despues un cuerpo de caballería, despues el generalísimo, en un arrogante caballo, rodeado de su estado mayor, despues regimientos de caballería y de infantería, cañones, carros y mulas de carga. El ejército trigarante se componía de cerca de veinte y cinco mil hombres. Ese día las madres abrazaron á sus hijos, los hermanos á las hermanas, los esposos á sus esposas, porque el espíritu de independencia se había difundido desde las chozas del ignorante hasta las cátedras de la filosofía, desde la casa del artesano hasta las

“y el virey que deseaba un gefe que reemplazase á Armijo, en el acto le confirió el “mando de la división de Acapulco: Iturbide aceptó y por mi consejo le pidió el “batallón de Celaya de que era coronel: dando este paso importante, le forné una noticia de las personas influyentes del territorio que iba á mandar; combinamos una “clave de inteligencia para escribimos, y “le dí unas pequeñas esquelas para Parres, Echavarrí, Bustamante, Anastasio “Roman de Teloloapan, y Arce de los Llanos de Apam.

“Ya entonces el plan había cambiado de “hecho, y estaba reducido á que los diputados que marchaban á España, se reunieran en Veracruz, y que allí se constituyesen en congreso nacional, bajo la protección de Iturbide, que debía pronunciarse en el Sur simultáneamente con los diputados en Veracruz: convenidos en esto, “el marchó para Cuernavaca y yo para “Puebla; en el camino comuniqué el proyecto á Molinos del Campo y Gonzalez “Angulo, mis compañeros de viage; en Puebla trabajamos con poco éxito; casi fué lo mismo en Jalapa; en Veracruz nos vimos altamente comprometidos; los diputados deseaban la independencia, pero “querían que cayera del cielo; hubo hom-

palacios de los ricos; así que, había en las filas del ejército trigarante, colegiales, licenciados, médicos, artesanos, plebeyos, nobles, ricos y pobres. Los vencedores fueron saludados por la voz de las campanas de las iglesias, por los vivas del pueblo, por los pañuelos de las hermosas, por las lágrimas de los viejos mexicanos; en una palabra, por el regocijo general. Despues de esa época México no ha vuelto á tener otro día de tan completo gozo.

El capitán de 1809, el coronel rea-

“bre que al oír el proyecto de emancipación, se embarcó al día siguiente, creyendo que la tierra se hundía bajo de sus pies; “de todo informaba yo á Iturbide, y él apresuraba sus preparativos para acertar “el golpe: los pasos que dábamos Molinos “del Campo y yo, no pudieron estar ocultos al gobierno; cada día nuestra situación “se volvía mas difícil: pensamos una mañana marcharnos á unir con Iturbide; pero nos detuvo la reflexión de que nuestra fuga de Veracruz, podría tal vez alarmar al virey y frustrar los proyectos de “aquel; nos resolvimos, pues, á embarcarnos para la Habana, en donde esperábamos que nuestras ideas fuesen bien recibidas, y nuestras personas disfrutasen de “seguridad; tal era el concepto que teníamos de la buena disposición de los habaneros á la independencia; pero fuimos “desengañados á nuestro pesar, y tuvimos “que pasar á Europa, mas bien para librarnos de la persecución, que para negociar “en Madrid en favor de nuestra causa.”

“Iturbide al despedirse de mí para ir al Sur, me ofreció de la manera mas solemne, “que tan luego como lograrse la Independencia, haría un manifiesto á los pueblos espoñoles que el haber llamado á los Borbones al gobierno de México, había sido “una medida de política para que ciertamente no estaba facultado; pues el derecho de constituirse residía en la nación “y solo en ella; que escitaría la convocación de un congreso y se retiraría á su casa, pero la victoria lo sedujo; Iturbide que “en la adversidad habría sido otro Regulo, “no pudo resistir los ataques de la prosperidad; y aquel hombre que en la campaña imitó á los heroes, en México cayó en las “flaquezas mas vulgares.

“Yo llegué á la capital en vísperas de la coronación; un amigo me llevó á ver al “emperador; este me recibió con la mejor

lista de 1820, era también el generalísimo de 1821, que acabó en menos de un año la obra comenzada por Hidalgo en 1810. No sé si se acordaría el generalísimo de la profecía que había hecho el capitán doce años antes.

Si los soldados reflexionaran que la fuerza se nulifica ante el talento, y que las obras que comienzan los hombres de armas, las concluyen ó trastornan los hombres de ideas, jamás se mezclarían en otra cosa que en conservar la paz. Esto no es una profecía, es un hecho que hemos visto re-

“cordialidad, hablamos dos horas ó por “mejor decir, dos horas duró la historia que “me hizo de los sucesos desde nuestra separación; yo le informé de las cosas de Europa, del concepto que había ganado en “Francia como libertador, y de España en “particular; y aunque respetuosamente le “recordé su promesa solemne y la infracción, Iturbide mudó de color, balbució “las disculpas de rutina, hizo mérito de la “necesidad, no olvidó la razón de Estado, “y nuestra conversación terminó con “embargo de ambos, quizá me escedí en afearle su conducta; sin embargo es menester confesar en honor suyo, que mis convenciones no le irritaron, y que su alma aun estaba esenta de la susceptibilidad propia de los poderosos.” . . .

“El Sr. Iturbide salió desterrado de la patria, y al año de su salida volvió á ella “y fué fusilado. México perdió un buen general á quien le debió su ser político y su “independencia; Iturbide cometió errores á “que lo impulsaron los que se llamaban sus “amigos; cuando fui comisionado por él “para proponer las capitulaciones, me dijo “con el acento de la verdad que nunca engaña; diga V. á Negrete qué cuanto he hecho ha sido por su consejo; ó con su aprobación: “jamás olvidaré este remarcable mensaje.

“La muerte de Iturbide se quiso apoyar “en una ley que no pudo comprenderle, por “que no había tiempo para que la supiera; “ley de proscripción de que se abusó enormemente: su vuelta de Europa para mí, “hasta hoy es un misterio; sin que fuese llamado no es creíble que hubiera dado un “paso tan impertinente y avanzado. Iturbide tuvo todas las cualidades que distinguen á los hombres grandes; si hubiera “amado la libertad habría sido un héroe. México algún día honrará sus cenizas. *Sum cuique decus posteritas rependit.*”

petido en estos últimos días. Pero, no hablando de éstos, sino de aquellos tiempos, vuelvo á mi cuento.

Terminadas las fatigas de los *hombres de armas*, comenzaron las *fatigas de los hombres de ideas*. Se instaló la asamblea constituyente, y comenzó sus tareas *el pensamiento*.....

Muchas cosas pasaron hasta las nueve y tres cuartos de la noche del 18 de Mayo. A las diez, cierta parte del pueblo seducida por unos cuantos salió de sus barrios, tomó unas hachas de brea y unas cañaveras, y se embocó hasta las calles donde vivían los diputados de la asamblea constituyente, gritando: *Viva el emperador, viva Agustín I, mueran los traidores*. Ese mismo pueblo quería también hacer algo por su parte, y efectivamente en la noche corrió por las calles, tiró cohetes, encendió luminarias, bebió aguardiente, y concluyó con irse á dormir en tranquilidad, después de haber proclamado un rey.

Bien haremos en notar ahora una cosa. Los *hombres del pensamiento* no son á veces los mas valientes, así es que cuando los *hombres de armas* se atufan, los primeros suelen plegar las alas y esconderse. Esta no es tampoco una profecía sino un hecho, y tan cierto, cuanto que en la época de que hablo, como el ejército aun amaba al que lo habia conducido por enmedio del triunfo y de la gloria, apoyó la festiva idea del pueblo; los opositores callaron, y el generalísimo fué nombrado emperador al dia siguiente.

En esta vez tambien sonaron alegres las campanas; tambien se iluminó la ciudad, y el órgano y los músicos de la catedral, los sacristanes, los bedeles y los canónigos, que es buen decir, estuvieron en perpetuo movimiento y actividad, y era muy en ra-

zon, puesto que se consagraba S. M. imperial Agustín I.

El pueblo, que le gusta divertirse con espectáculos nuevos, se agolpó en la catedral. Algunos chicuelos se sofocaron, algunas embarazadas malparieron, á algunas viejas les dió dolor de costado; pero esto nada importa, el pueblo empujado por los centinelas, azotado por el perrero, desafiado por los grandes de esa corte improvisada, se retiró contentísimo, con su rey valiente, con su rey rubio y bien parecido, con su rey libertador, con su rey humano y popular. En el momento de la coronacion, puede afirmarse que habia una simpatía sincera, íntima, profunda, entre el emperador y el pueblo. Desgraciadamente ambas simpatías duran menos que una mariposa, menos que una flor.

No habia trascurrido un año, cuando el emperador, que no podia saciar tantas grandes y pequeñas ambiciones; que no podia acallar las murmuraciones ni curar las fiebres de cerebros, llenos mas de orgullo y presuncion que de saber, abdicó la corona, y el capitán de 1809, el coronel de 1820, el generalísimo de 1821, y el emperador de 1822, era el 19 de Abril de 1823 un preso infeliz á quien habian perseguido los españoles, engañado sus amigos, traicionado sus adictos, y olvidado sus soldados y su pueblo. La nacion que él hizo libre lo arrojaba de su seno, porque su conducta habia dejado de ser justa. ¡Lecion enérgica para los ambiciosos! ¡Tan cierto es que la adulacion cambia los mejores sentimientos!

El pueblo, dicen los historiadores, sintió algo á su rey; pero el hecho es que por la noche se retiró á descansar tranquilo y satisfecho como el dia en que lo proclamó.

En cuanto al emperador, como hizo juramento de no derramar en lo su-

cesivo una sola gota de sangre, se dejó insultar y arrojar de México. Muchos lo acusan de debilidad, yo creo que el no haber quebrantado su juramento y preferido su sacrificio al de sus conciudadanos, es un mérito que dió cima y lustre á la grande obra que comenzó al meditar el plan de Iguala.

Véamos ahora las cuestiones que se caen de su peso. ¿Subió Iturbide al trono porque así lo deseaba, ó por contentar al pueblo y á sus amigos? ¿Creyó Iturbide que efectivamente el pueblo lo proclama rey, ó que solo era obra de las maquinaciones de sus adictos? ¿Pensó Iturbide en lo poco que dura el favor del pueblo, y lo mucho que puede la envidia de los que no siendo héroes tampoco son pueblo? ¿Fué malo ó bueno su corto gobierno? Si hubiera durado en el poder todo el tiempo de su vida, ¿cuál hubiera sido su carácter? A ninguna de estas cuestiones me atreveria yo á responder, y simple narrador de lo que me han contado, me limito á decir que el dia 11 de Mayo de 1823, en que se embarcó Iturbide en Veracruz, no era ya ni capitán, ni coronel, ni generalísimo, ni emperador, sino solo un hombre desgraciado. Bajo este aspecto es digno de tanta veneracion, como cuando se le considera libertador de México; porque me avanzo á creer que la desgracia debe ser mas respetada que el poder y que la gloria.

Pero nos habriamos muerto de dolor si hubiéramos podido seguir los pensamientos del desterrado, durante esos dias eternos y silenciosos que se pasan en el Océano; silenciosos porque no se percibe ese raquíico y loco bullicio del mundo. En el Océano solo habla Dios, solo escucha Dios, y solo protege Dios; ni la amistad, ni las riquezas, ni la sabiduría tienen poder en medio del Océano. ¡Quién sa-

be si cada bordada del barco seria para el desterrado una emocion de alegría, puesto que se alejaba de una patria ingrata que no lo habia sabido conocer, y que lo premiaba con el ostracismo! ¡Quién sabe si en las oleadas que se deshacen y se pierden, vera la semejanza de una turba de aduladores, que con la miel en los labios y el veneno en el corazon, cercan los palacios, las casas y hasta las cocinas de los grandes. Bien desgraciados y bien *pequeños* son esos *grandes*, que nunca oyen una sola palabra de verdad, que tienen cegados los ojos con una nube de cortesanos que les impide ver la miseria de su pueblo, que tienen los oídos de sobra, puesto que los centinelas y magnates, no dejan acercarse al desvalido que pide justicia! Y no nos cansemos, esta es una ley del mundo, aunque bien fatal, que no ha tenido sino muy pocas escepciones en ninguna época ni en ningun país.

El desterrado atravesó, pues, el Océano y llegó á Italia, otra tierra como México, de cielo azul y de verdes campiñas; pero por ventura vió allí las madonas de Rafael y Leonardo de Vinci, las estatuas de Miguel Angelo y Donatello, la arquitectura de Brunellesco y de Giotto? Probablemente estaba tan ocupado de sí propio, tan agobiado con su historia, que vera la tierra de Italia, los edificios y las pinturas, como apariciones mentirosas y fantásticas de un pesado sueño. En efecto, su triunfo, su reinado y su destierro, fueron solo una fatigosa tansicion y un ensueño de gloria y de dolor.

En 20 de Noviembre de 1823 se embarcó en Liorna, con direccion á Londres; pero una fuerte tempestad lo hizo regresar al puerto. Si Dios se digna dar á los mortales algun aviso para que eviten su desgracia, fué éste sin duda el caso en que Iturbide de-